

---

**C A P Í T U L O X I I**

**De cómo Santiago pasó a Cuba, y de allí lo pasaron a España**

Después de un viaje de inquietudes y sustos, el fugado doncel llegó a Sanisidro, a la casa de un amigo de confianza del padre Juan, a quien iba recomendado: D. Gaspar, que así se llamaba este amigo, se impuso con vivísimo interés de lo ocurrido, y arrugó el entrecejo, porque no podía ofrecerle mucha seguridad en la capital de la provincia, donde todo estaba tan revuelto como en Mapiche.

A cada momento rodaba una bola política, de esas que nacen como un grano de mostaza en un extremo de la ciudad, y llegan al otro extremo más voluminosas que una masa de trapiche. Cuando las pasiones están encendidas y predispuestos los ánimos, el criterio natural se oscurece, y aun los más sensatos titubean, dudan de lo racional y lógico, para dar crédito a lo extraordinario o inverosímil. Tras el desequilibrio público sigue el individual; las llamaradas de la guerra civil, no solamente queman y devastan los sitios por donde pasan, sino que sus funestos resplandores van muy lejos, haciendo dislocar la brújula de la razón aun en la conciencia de aquellos que viven apartados de ese torrente pavoroso de sangre y fuego.

D. Gaspar Umpierres era hombre de pequeña estatura, pero de mucho espíritu. Estaba en esa edad dudosa, en que no se es ni viejo ni mozo, en la década de los cuarenta a los cincuenta, edad en que ya se han recogido preciosos frutos, como son los de la experiencia, que hace ver el mundo de otro modo: no han desaparecido por completo las ilusiones y las utopías propias de la juventud, pero hay ya serenidad y reposo para juzgarlas, con

mayor o menor acierto, según las circunstancias del carácter e ingenuas aficiones de cada cual.

D. Gaspar, no obstante un natural franco, alegre y chistoso, era un consumado filósofo, no metafísico, sino rigurosamente práctico. Había envidiado muy joven, y como no le quedó familia, hacía vida de solterón, entregado a sus libros de cuentas porque era fuerte en contabilidad mercantil. Estuvo en Europa y los Estados Unidos del Norte, en viaje que fue más de estudio que de recreo, porque mayor era el tiempo que dedicaba a visitar fábricas, talleres y establecimientos de útiles enseñanzas, que el que empleaba en vagar por los paseos públicos, los bulevares y los cafés cantantes, que tanto cautivan a los viajeros noveles.

Cuando regresó a su nativa tierra, ¡cosa rara! venía más enamorado de ella que antes de ausentarse: su espíritu de observación le había hecho comprender cuán digna de ser amada era su patria, atrasada ciertamente en comparación con los países de Europa y la América sajona, pero llena de vida propia y en condiciones físicas y morales más ventajosas para llegar a disfrutar de una civilización no prestada ni postiza, sino original y autóctona, con espíritu, genialidades, costumbres y riquezas sustancialmente americanas. En una palabra, D. Gaspar no regresó *europizado* ni *yanquizado*, sino más criollo de lo que se fue; y aun en medio de las turbulencias de la política, los desastres de las guerras y el malestar consiguiente en todos los ramos, como verdadero patriota, jamás renegaba de su patria, sino que tanto más la amaba cuanto más desgraciada le parecía.

El consejo más prudente que D. Gaspar podía dar a Santiago fue realmente el que en seguida le dio: que continuase su viaje hasta el puerto que le quedaba más cerca, perteneciente a otra jurisdicción, antes de que se supiese en la ciudad lo sucedido en Mapiche, noticia que llevarían sus mismos perseguidores, los cuales estarían a punto de llegar con el contingente de tropa y ganados de aquel cantón. No había, pues, que perder tiempo.

Hasta allí el ánimo de Santiago no había flaqueado, pero al verse en la necesidad de continuar viaje por lugares más distantes y desconocidos, donde carecía de amigos y de personas que por él se interesasen, sintió por primera vez una tristeza profunda y un vivo arrepentimiento de haber obrado con tanta ligereza; sin embargo, su puntillo de muchacho lo hizo aparen-

tar lo contrario, y aceptar gustoso el consejo sin mostrar temor ni apocamiento de ánimo.

Recibió algún dinero de manos de D. Gaspar, por orden del Vicario, fuera del que éste le dio en Mapiche, y se puso en camino para el puerto de las Palmas, que distaba tres jornadas de Sanisidro. A D. Gaspar le vino de perilla el viaje de Santiago por que su mula de silla estaba corriendo el riesgo de ser declarada elemento de guerra, y era buena la ocasión para sacarla de la ciudad y la provincia antes de que arreciase el chubasco.

En el tránsito se unió Santiago a unos estudiantes, que pasaban vacaciones en Sanisidro, y habían precipitado su retorno a la capital de la República, donde hacían sus estudios, temiendo que fuese ocupada por guerrillas la vía del puerto, temor con que también iba Santiago. La compañía de estos jóvenes lo distrajo de sus tristes pensamientos, y a vuelta de poco, ya había trabado con ellos estrecha amistad, y les contó sus sinsabores y la incertidumbre del viaje que hacía.

El carácter de los estudiantes, con pocas excepciones, es el mismo en todos los lugares, carácter aventurero y el menos templado por la reflexión y la prudencia. Fácilmente convencieron a Santiago de que se le presentaba la ocasión de salir a darle un vistazo al mundo; que de estarse indefinidamente en el puerto, lo haría mejor embarcándose con ellos para la capital, donde acaso podría ligarle la suerte en algún lucrativo empleo, para lo cual llevaba la recomendación en sus propias manos, pues tenía una hermosa letra, cursada en los libros parroquiales y en la correspondencia del Vicario.

Este consejo llovió sobre mojado, como dicen, porque ya Santiago, a fuerza de oírlos hablar alegremente de la vida de la capital, y de mirar de lejos sus cosas con ojos de muchacho, que son siempre vidrios de aumento, iba forjándose ilusiones en tal sentido, y con la recta intención de no detenerse en el puerto sino lo que sus compañeros se estuviesen. Sacado ya de quicio, no pensó en otra cosa: ligó su suerte a la de sus compañeros, más duchos en los negocios de la vida y trato de las gentes, con ideas e intentos de un orden desconocido para el sencillo e iliterato mancebo de Mapiche.

Predominaban entonces en la expectación pública los heroicos esfuerzos de los cubanos por su independencia. En casi todos los países de Sur América existían asociaciones particulares, con el fin de ayudar moral y

materialmente a los hijos de la hermosa Antilla; los periódicos, unos por convicción sincera y otros por ser el plato del día, salían llenos de crónicas y artículos sobre la guerra; y los escritores y poetas fatigaban a la Musa épica, haciendo elogios y cantos patrióticos en honor de los bravos revolucionarios, con todo lo cual se mantenía la juventud tan adicta y apasionada, que no pocos llevaron su entusiasmo hasta imitar a lord Byron, en su cruzada por la libertad helénica, pues dejaron su patria para ir a combatir en la manigua contra los legendarios hijos del Cid.

Santiago fue uno de ellos. En la capital de la República se incorporó en un club patriótico, y en el primer enganche de voluntarios que éste organizó, quiso figurar él, por una ventolera muy propia de su edad y las circunstancias en que se hallaba, lejos de su suelo nativo, siendo mucha parte a precipitarlo en esta resolución las ideas exageradas de gloria y de renombre que había tomado de sus nuevos amigos, no menos que la limpieza extrema de bolsillo, que es una causa decisiva para tomar aventuradas resoluciones.

En una nave inglesa se dieron a la vela: la nave debía hacer escala en un puerto cubano donde ellos tomarían tierra, so color de obreros inmigrados, que iban con destino a un ingenio de azúcar, para cuyo propietario llevaban cartas de recomendación. Ya en dicho punto, pensaban valerse de los medios que las circunstancias les presentasen para correr a alistarse bajo la simpática bandera de la estrella solitaria.

En toda humana empresa las dificultades se allanan fácilmente a la distancia, y los planes se combinan con una precisión y certidumbre infalibles: pero ya de cerca es otra cosa: a la hora de la ejecución se presentan obstáculos no previstos; lo llano se encumbra, lo abierto se cierra, lo blando se endurece, y en una palabra, los cálculos fallan, y lo que era un plan admirable resulta un total desconcierto.

Tal aconteció a este grupo de ardorosos cruzados de la libertad cubana. Se hicieron sospechosos por una palabra imprudente del menos discreto, fueron seguidos y observados de cerca por la policía, registradas sus maletas, sorprendida su correspondencia revolucionaria, y reducidos a prisión.

Todo esto pasó en el mismo puerto de su desembarque, donde a la sazón se hacía a la vela para España un buque de transporte, al servicio del

gobierno, y en él fueron reembarcados, bajo partida de registro y en calidad de deportados.

Pero como la soga revienta siempre por lo más delgado, para ninguno de los jóvenes aventureros fue tan dura y larga la proscripción como para Santiago.

En la necesidad de buscar cada cual la subsistencia, mediante el trabajo de sus manos, tuvieron forzosamente que separarse, para facilitarse mutuamente el logro de alguna ocupación. Santiago se dirigió a una sastre-ría, donde halló trabajo, a escasísimo precio, pero que le aseguraba el pan diario.

Un oficio, por pobre y humilde que sea, es el mejor patrimonio que los padres pueden dar a sus hijos. ¿Qué habría sido de Santiago sin sus puntas de sastre y su hermosa letra? No hizo fortuna, pero no padeció hambre ni careció de lo más indispensable para la vida, en tanto llegaba la hora del retorno a su patria, lo que le parecía ya un imposible.

Sus compañeros, más peritos en los negocios del gran mundo, de mayor ilustración y pertenecientes a familias pudientes y conocidas de la capital de la República, aunaron sus esfuerzos a los de éstas, y tantos resor-tes tocaron, tantas cartas escribieron, y tal número de diligencias hicieron con ministros y cónsules, que al cabo pudieron regresar a su tierra; pero el oscuro muchacho de Mapiche no tenía sino un solo protector, un sacerdote humilde y valetudinario sepultado allá en un rincón del país, cuyas relacio-nes no pasaban de los límites de la provincia, y cuya hacienda apenas alcan-zaba para cubrir las necesidades de su santa casa.

Mientras Santiago recorría los pueblos de España, atenido a su aguja de sastre y a los trabajos de copista que solía hacer, el padre Juan, el afectuoso levita, no dejaba pasar ninguna ocasión sin escribir a sus amigos de Sanisidro, interesándolos en que le ayudasen a averiguar el paradero de su ahijado.

Pero la incomunicación de los pueblos por la guerra, que se había extendido en toda la República, retardaba indefinidamente toda diligencia en este sentido. ¡Cuántas veces el pobre Vicario envió a su costa un expre-so a Sanisidro, para saber qué noticias habría traído este o aquel viajero

recién llegado! El joven era desconocido para todos: nadie daba razón de haberlo oído nombrar siquiera.

Pasado más de un año, se supo que unos estudiantes que habían regresado a Sanisidro contaban parte de la historia de Santiago, hasta su desgraciada expedición a Cuba; y meses después vino una carta del mismo Santiago, de fecha atrasadísima, que había sufrido todo género de retardos: retardo por oscuridad en la dirección; retardo por cuarentena, con motivo de la viruela; y retardo por falta de correos en el interior del país, que habían sido suspendidos a causa de la guerra.

El recibo de esta carta fue un verdadero acontecimiento en la villa. ¡Una carta de España! De mano en mano anduvo el pliego por todo el lugar. Durante muchos días se estuvo oyendo en la puerta de la casa del Vicario este recado, en boca de mujeres y chicos de servicio.

—Doña fulana lo manda saludar; que se alegra mucho que haya sabido del niño Santiago, y que le haga el favor de prestarle la carta para verla.

¿Qué decía la carta? Lo que ya sabemos: los pormenores de su viaje, los sufrimientos de su proscripción, y sus anhelos por volverse a su casa, curado de locuras e ideas ambiciosas de gloria y de renombre.

Vióse entonces en la casa del Vicario una escena por extremo conmovedora, de esas escenas que solamente ocurren en el seno de hogares apacibles, donde reinan afectos muy entrañables, costumbres sencillas y virtudes excelsas.

El padre Juan, bañado en lágrimas, llamó a consejo la familia para resolver qué se haría. Del campo vinieron inmediatamente doña Paula y María. Al saber Romualda que el niño estaba vivo, su gozo fue inmenso, y cayó de rodillas para dar gracias a Dios por aquella gran noticia.

—Un viaje de España hasta aquí importa mucho dinero —díjoles el padre Juan con gran desconsuelo—. En dos cosas hay que pensar: en reunir la suma necesaria, que no puede ser menos de trescientos pesos, y en hacerla llegar a sus manos.

—¡Trescientos pesos, mi amo!... —exclamó Romualda, dejando caer la cabeza sobre el pecho —¡Cuándo se consiguen!...

—Con la ayuda de Dios, todo se facilita, Romualda: no será hoy

mismo, pero con paciencia podemos reunir esa suma. Pienso vender mi mula, y ya tendremos por lo menos cien pesos, que por ella me han ofrecido. Con esto y otras prendas que logre vender, tengo esperanza de reunir la cantidad.

Doña Paula y María lloraban, viendo la viva conmoción del anciano, y los sacrificios que estaba pronto a hacer para repatriar a su ahijado. Romualda, sin decir palabra, se había ausentado de la sala.

—Pero tío —le dijo María— lo que más debe apurarnos por el momento es la fecha de esa carta: ¡Tiene diez meses de escrita! ¡Qué habrá sido de él desde entonces!...

—Tienes razón, hija, y por eso lo más dificultoso no será reunir el dinero, sino saber a dónde y cómo se le remite. ¿Y si ya no está en España?...

Una nube de tristeza oscurecía todos los semblantes, en los momentos en que entraba de nuevo Romualda, con un lío de trapos, que empezó a desatar, nudo tras nudo. Todos la miraban en silencio, sin atinar en qué sería aquello. Al fin, la anciana alzó a los ojos del Vicario un hermoso rosario de labor antigua, con cruz y paternóster de oro fino.

—Mire su merced: este rosario es la única prendecita de valor que yo tengo. Hace algunos años fue evaluada en una onza: hágase cargo de ella, lo mismo que de estas monedas, para salir de tan grande necesidad.

El padre Juan lanzó una exclamación de sorpresa, y tomó en sus manos la prenda, que ciertamente representaba aquel valor: luego contó las monedas, que eran pesos fuertes, y halló diez y seis, fruto de varios años de ahorro, de cuartillo en cuartillo, de medio en medio, de real en real.

—¡Bueno, bueno, Romualda! con la mula, tu rosario y estos reales, monta ya a la mitad. ¡El pobre muchacho! ¡Cuántas necesidades estará pasando!...

El consejo de familia se disolvió sin resolverse por ningún partido, humanamente hablando, pero pusieron sus corazones y sus pensamientos en Dios, para que les iluminase los medios de socorrer a Santiago y facilitarle su regreso a Mapiche.